

EL ESPIRITU SANTO EN LA VIDA DEL MONJE

INTRODUCCION

Del tema de nuestro Congreso, "La vida del monje, vida en el Espíritu Santo", se me ha pedido que presente la doctrina teológica y su eco en la tradición monástica. Este esbozo debería estimular ante todo nuestra oración: pedir sin cansarse jamás, las "cosas buenas" del Padre, el Don y la Persona del Espíritu (*Lc 11, 13*), lo único necesario. La contemplación del misterio nos ayudará también a captar mejor el arraigo eclesial y sacramental de nuestra propia vocación monástica, así como la manera en que el Espíritu Santo purifica y configura al monje con el Hijo del Padre. Esta meditación deberá servir de base a nuestras reflexiones e interrogantes respecto de nuestra escucha y obediencia a las sollicitaciones del Espíritu a la Iglesia, hoy, a fin de que monjes y monjas sepan discernir los signos de los tiempos y ser fieles a su vocación profética.

I. ESBOZO TEOLOGICO

1. El misterio de Dios, Padre, Hijo y Espíritu

El Espíritu Santo es Señor junto con el Padre y el Hijo. Confesamos que él es Dios, la tercera Persona de la Santísima Trinidad. "Lo amamos y adoramos en su persona, unida al Hijo y al Padre, en un solo Dios"¹. La revelación del Hijo y del Espíritu constituye el más grande desafío a cualquier teología natural y a toda búsqueda mística fuera de la fe cristiana. La salida de Dios hacia el hombre revela su

Traducción de la Hna. María Lourdes Belgrano, osb (Santa Escolástica).

1. P. MATTA-EL-MASKINE, *La Pentecôte*, p. 15.

ser inefable de amor. *Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (1Jn 4, 8-10)*. Y el amor salva, gratuitamente, a la naturaleza mortalmente herida por el pecado, como al viajero que iba de Jerusalén a Jericó en la parábola (*Lc 10, 29-37*). En este preciso sentido, cada cristiano tiene en el bautismo la experiencia viva de ser tocado y salvado por la presencia salvadora de Dios amor, en una relación muy personal con cada una de las tres Personas divinas.

2. El Espíritu Santo en la economía de la salvación

El Espíritu Santo es, con el Padre y el Hijo, creador y señor de toda vida. Desde los primeros versículos del Génesis: *Y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas (Gn 1, 2)* hasta los últimos versículos del Apocalipsis: *El Espíritu y la Novia dicen: "¡Ven!" Y el que oiga, diga "¡Ven!" (Ap 22, 17)*², él crea y sostiene el soplo vital de la creación en la bondad original, en el exilio y en la novedad crística. Pero su presencia creadora y vivificadora se adapta a la fragilidad del hombre. Cuando Dios en su misericordia retira su Espíritu del hombre pecador: *Entonces dijo Yahveh: "No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne" (Gn 6, 3)*, lo hace solo por un tiempo. Gracias a la fe de los patriarcas y de los profetas su presencia intermitente aviva en el pueblo elegido el deseo de una inhabitación permanente. En las entrañas de la Virgen María el Espíritu construye el Templo en la carne, lo consagra cuando el bautismo en el Jordán, consume la víctima en la muerte libremente asumida, lo resucita, lo exalta a la derecha del Padre, a fin de que la gloria del Padre llene todo el cuerpo de Cristo, la Iglesia. La Iglesia, cada bautizado, y a través de ellos el universo entero, devienen el Templo escatológico en el Hijo, que extiende progresivamente

2. La nostalgia pneumática de la Parusía es el elemento vital del monaquismo. El versículo que cierra el Apocalipsis es, podemos decir, un grito monástico. Los monjes han reemplazado a los mártires. A comienzos del cristianismo, los cristianos pensaban que el retorno de Cristo era inminente. En este sentido, los monjes contemporáneos son los mártires "en espera" de la prueba que precederá al retorno de Cristo, y la gracia del mártir proviene del Espíritu.

te su victoria sobre Satanás (*Mc 3, 27*). El Espíritu Santo es aquel que, por la Pascua de Cristo, vivifica para siempre la nueva creación (*mirabilis reformasti*). El renueva la faz de la tierra (*Sal 103, 30*). El crea hijos e hijas en el Hijo gracias al bautismo. Los alimenta con los sacramentos de la salvación, los educa por la Palabra, los inicia en el insondable amor mutuo del Padre y del Hijo. Al mismo tiempo gime en espera del retorno de Cristo, en todo bautizado, en la creación entera (*Rm 8, 21-22*). Así, el Espíritu actualiza, hasta el retorno de Cristo, toda la economía divina de la salvación. El da el deseo y el amor del cumplimiento, la fuerza y la paciencia en la tentación y en la cruz: *Dichosos de vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros (cf. 1Pe 4, 14)*. En esta actualización misma, el Espíritu Santo obra la divinización del cristiano, la transfiguración por la configuración al Dios-Hombre, Jesucristo, *para que Dios sea todo en todos (1Co 15, 28)*. Esta riqueza de gloria, de participación también en los sufrimientos de Cristo (*RB Pról., 50*) son tan solo las arras de nuestra transformación futura cuando irrumpa el Reino de Dios. *El es la prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo de su posesión para alabanza de su gloria (Ef 1, 14; cf. 2Co 1, 22; 5, 5; Rm 8, 18-30)*.

II. EL ESPÍRITU SANTO EDIFICA LA COMUNIÓN

San Pablo aplica la metáfora “templo del Espíritu Santo” tanto a la Iglesia como individualmente al cristiano (*1Co 3, 16* y *1Co 6, 19*). Esto nos sugiere que existe una reciprocidad necesaria entre la comunión de los bautizados reunidos como Iglesia en el Espíritu por la cruz de Cristo, y la comunión con nosotros mismos que sitúa la carne y el corazón íntegramente bajo la moción del Espíritu. Sin embargo la dimensión eclesial nos parece teológicamente anterior. Por eso trataremos de comprenderla mejor, antes de escrutar la acción del Espíritu Santo en la vida personal del monje. “Desde este ángulo, Pentecostés es, para los discípulos, un nuevo nacimiento en una nueva creatura creada por Cristo en su propia carne, por su muerte, su resurrección y la acción del Espíritu Santo. Cuando meditamos de qué manera se cumplió este nuevo acto creador, nos sorprende constatar que no tuvo lugar de manera individual —como la primera creación de Adán—, sino que tuvo por objeto a los discipu-

los reunidos todos juntos *en compañía de algunas mujeres, entre las cuales María, la Madre de Jesús (Hch 1, 14)*, en el recogimiento y la oración. Así la naturaleza humana ha recibido su nueva creación espiritual bajo la forma de Iglesia³.

1. El Espíritu Santo suscita el camino monástico en la Iglesia

Desde el día de Pentecostés el Espíritu del Hijo permanece en la Iglesia y la vivifica por sus dones (carismas) ricos y variados. San Juan Casiano enuncia una verdad profunda, aunque históricamente no verificable, cuando hace remontar las comunidades monásticas a la primitiva Iglesia de Jerusalén, donde todos tenían un solo corazón y una sola alma, celebraban las alabanzas de Dios, tenían todo en común, eran asiduos a escuchar la Palabra de Dios y a celebrar la eucaristía. Conviene añadir a esto el carisma de la virginidad por el Reino, dado a algunos, lo que expresa sin mediación el misterio de las bodas del Cordero, así como el del martirio, glorificación perfecta de Dios en la carne. Sin aceptar la visión pesimista de la historia de la Iglesia que Juan Casiano deduce de ello y que san Benito no conserva en el capítulo primero de la Regla, podemos afirmar que la comunidad monástica, convirtiéndose cada día más en lo que ella es por los dones del Espíritu de Jesús, y cualesquiera que sean las características propias de cada monasterio, se encuentra en el corazón mismo de la Iglesia-comunión. Estar en el corazón no significa en modo alguno pretender serlo todo. Al contrario, esto significa reconocer una dependencia y una interdependencia obligadas en relación al conjunto de los carismas institucionales y espontáneos que el Espíritu suscita en la Esposa de Cristo.

Sin embargo hoy el Espíritu Santo nos hace dirigir nuestra mirada más allá de esos límites visibles de la Iglesia, hacia el fenómeno monástico en las grandes religiones mundiales y hacia las aspiraciones de justicia, de paz y de una cultura humana auténtica, de muchos hombres y mujeres de buena voluntad. Sentimos confusamente que estos hechos nos tocan en lo íntimo de nuestra búsqueda de Dios. Nos conciernen profundamente. Muchas conferencias durante este Congreso nos sensibilizarán respecto de ello, como ya lo hicieron otras en nuestros Congresos precedentes. A pesar de esta urgencia

3. P. MATTA-EL-MASKINE, *La Pentecôte*, p. 7.

nos sentimos desvalidos ante semejante exigencia. Por eso, es indispensable un ensayo de reflexión teológica y monástica sobre estos hechos —más allá de las categorías demasiado vagas de un ecumenismo amplio—, si queremos honrar la unicidad de la revelación gratuita de Dios en Jesucristo y respetar la búsqueda de aquéllos que la ignoran o no la reciben.

Nos parece que deberíamos buscar el fundamento de tal diálogo en una antropología cristológica y pneumatológica. Aun si la imagen de Dios está empañada en la humanidad por el pecado, sin embargo el corazón, la inteligencia y el alma del hombre llevan la marca indeleble del Verbo Creador, y preparan, por los gemidos del Espíritu Santo, la hora de la visita de este mismo Verbo: El dará cumplimiento, con sabiduría y fuerza, a todos estos valores que se esperan, no sin que ellos sean juzgados al pasar por la cruz.

2. In unum congregati

La Iglesia tiene conciencia de ser reunida por el Espíritu Santo en torno a su Señor resucitado. Toda comunidad monástica debería ser igualmente consciente de que el lazo de caridad que la ha unido y que la mantiene en la paz y la unidad es este mismo Espíritu. Esta conciencia conserva una auténtica visión de fe sobre la comunidad en su conjunto y sobre cada uno de sus miembros. Un hermano no es agregado al monasterio en virtud de una preferencia selectiva sino que es recibido como un don de Dios a la comunidad. Además, él mismo debe encontrar en la acogida que se le dispensa la fuerza para dejarse transformar por el Espíritu en don para Dios y para sus hermanos. A título de ilustración bastará mencionar el capítulo tercero de la Regla. En el discernimiento de un asunto importante el abad debe escuchar el consejo de todos los hermanos. La razón de esto es simple: el Espíritu Santo no está ligado en modo alguno a la edad monástica. Quizá habrá que escucharlo en el más pequeño de los hermanos. Pero esto mismo está también sometido a un discernimiento espiritual: la humildad, la sumisión, la mansedumbre autentican la justeza de un punto de vista.

La misma actitud de fe se podrá trasponer hoy fácilmente a muchas situaciones, en la hospitalidad ofrecida a los monjes peregrinos. Al fin de cuentas, aquel que acoge a un extraño, acoge al absolutamente OTRO, y se convierte en beneficiario del don. "Y si razonable-

mente y con humilde caridad corrige o advierte alguna cosa, examínelo el abad con prudencia, no sea que tal vez el Señor le haya encaminado precisamente para eso" (RB 61, 4).

3. Comunidad y carismas

La idea y la práctica de una diversidad de carismas y de tradiciones dentro de nuestra orden, o aun de las diferentes congregaciones benedictinas, nos son completamente familiares. La diversidad es una riqueza si mantiene el sentido de la complementariedad dentro de la unidad del carisma monástico fundacional de san Benito. A menudo es mucho más difícil vivir esta complementariedad en lo cotidiano de nuestra comunidad monástica restringida, y realizar así aunque incoativamente, el misterio de la Iglesia como comunión de personas, icono de la comunión de las Personas en la Santísima Trinidad. Sin embargo es la experiencia sacramental la que fundamenta esta doble afirmación: la comunión nada tiene que temer del desarrollo de los carismas bien discernidos; los carismas personales edifican la comunión en profundidad. "De alguna manera divididos en personalidades bien definidas que hacen de uno Pedro, de otro Juan, o Tomás, o Mateo, somos como fundidos en un solo cuerpo en Cristo, y nos alimentamos de una sola carne"⁴. San Pablo hablando de los carismas del Espíritu en la comunidad cristiana, enumera los carismas "ordinarios" antes de la sección de los carismas "extraordinarios". *A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro carisma de curaciones, a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad (1Co. 12, 7-11).*

¿Hoy en día la tentación no consistirá en olvidar los carismas "ordinarios" en provecho exclusivo de los carismas "extraordinarios"? El Padre Yves Congar escribe: "El Espíritu no es monopolio ni de la jerarquía, ni de algunos no-conformistas"⁵.

La "jerarquía" en la comunidad benedictina implica necesariamente el reconocimiento de un carisma dado a todos en una persona:

4. CIRILO de Alejandría, *Trin.* I, PG 75, 697B.

5. *Esprit de l'homme, Esprit de Dieu*, Paris 1983, p. 58.

“Al que ha de ser instituido elijanlo según el mérito de su vida y doctrina de sabiduría, aun cuando fuese el último en el orden de la comunidad” (*RB* 64, 2).

Para san Benito el carisma del abad no excluye los carismas de otros hermanos: los ancianos espirituales (*RB* 4, 50; 27, 2-4; 46, 5-6), los decanos (*RB* 21, 4), el mayordomo (*RB* 31, 1-2), el lector (*RB* 38, 12; 47, 3), el portero (*RB* 66, 1). Según san Gregorio Magno no ha mostrado gran estima por un carisma demasiado llamativo de estabilidad⁶.

Todos los carismas apreciados por san Benito se pueden recapitular en el amor que se hace servidor del otro (*Ga* 5, 13). Sin embargo es necesario agregar un carisma, el de la oración del corazón. “La oración debe ser breve y pura, a menos que tal vez se prolongue por un afecto de la inspiración de la divina gracia” (*RB* 20, 4). ¿Se nos permite sacar en conclusión que hoy en día hay que favorecer en primer lugar los carismas que están en armonía con el carisma fundacional de una comunidad cenobítica y con el carisma propio de cada uno de nuestros monasterios?

El carisma de la oración, ¿no debería ser una de nuestras mayores preocupaciones, en este tiempo ávido de interioridad y de “experiencias místicas”?

4. Comunión y soledad

San Juan Casiano afirma que unos pocos Padres del desierto, los más grandes, habían superado la alternativa entre la vida de comunidad o la vida en la soledad del desierto. ¿San Benito mismo no será un ejemplo elocuente? Superación significa integración de estos dos polos en una armonía que no los niega, sino que los realza en una sinfonía más acabada. Semejante integración sigue siendo una de las grandes exigencias de la vida monástica. Es cierto que hoy los monjes jóvenes son habitualmente más sensibles al ideal de unanimidad y caridad comunitarias. Nada más legítimo como movimiento que proviene del Espíritu. Pero descubren pronto que el Espíritu que edifica la comunión fraterna, empuja también al desierto, a ese horno ardiente que purifica el corazón y los pensamientos. “La comunión exige primero recogimiento, pacificación interior, dominio sobre las pasiones

6. *Dial.* III, 16.

e instintos. El amor al prójimo exige primero el amor a Dios y su ascesis”⁷. La salvación arranca al hombre del aislamiento mortal e impersonal para introducirlo en una soledad de comunión. Participa en adelante de la vida de Dios, de los ángeles, de los hombres y del cosmos. Pero esta participación es un combate, con la fuerza de la cruz, contra el desorden que hay en él, desorden solidario del pecado del mundo y del Príncipe de ese mundo. El realismo de la conversión monástica exige que sigamos los pasos del Maestro que se anonadó a sí mismo hasta la muerte para introducirnos en la comunión de su Padre. *

5. Comunión fraterna y observancia

En la actualidad, a veces la observancia (o las observancias) se sienten como un yugo pesado, que impediría la espontaneidad verdadera de la caridad inspirada por el Espíritu Santo. El peligro no es ciertamente ilusorio. La observancia, y más aún las observancias demasiado minuciosas, pueden endurecerse en un fariseísmo autosatisfecho. Pero también es cierto que la espontaneidad excesiva pronto se convierte en lo arbitrario de las pasiones personales no mortificadas.

Es esclarecedor a este respecto hacer notar que la Regla de San Benito aun cuando desaprueba con fuerza la ley de la voluntad propia (*RB* 1, 6-11) no separa jamás la ley —exigente por cierto a causa de la pesadez del hombre viejo— de aquél que debe interpretar esta ley con inteligencia y misericordia (reflejo de una tradición de vida según el evangelio), el abad. La vida de san Benito muestra a la vez su rigor y su soberana libertad. Por consiguiente no existe oposición de principio entre el Espíritu y la ley. La ley, desde el Antiguo Testamento, es el don y el privilegio del conocimiento de la voluntad de Dios. El Espíritu es aquel que inscribe en nuestro corazón esta misma ley y da la fuerza para cumplirla con gozo y libertad. En lo concreto siempre hay que volver a empezar este discernimiento. Más vale sin embargo equivocarse de vez en cuando que caer en un legalismo negador de la salvación por la fe (*Ga* 3, 2-14), o en una anarquía destructora del tejido humano de la comunidad.

7. O. CLÉMENT, *Questions sur l'homme*, Sainte Foy 1986, p. 63.

¿La vocación profética del monje en la Iglesia de nuestro tiempo no será justamente vivir “este cara a cara” ejemplar de la ley y el Espíritu?

III. LA VIDA MONÁSTICA DESPLIEGA LA GRACIA BAPTISMAL BAJO LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu Santo no sólo edifica la comunión fraterna sino que obra también en la actualización de la gracia bautismal a lo largo de toda la vida del monje. Pone al monje en comunión consigo mismo. Por su unción (en este punto el sacramento de la confirmación no puede ser aislado del bautismo) sana la desgarradura entre el cuerpo, el alma y el espíritu; da fuerza en el combate espiritual, hace gustar el misterio de la fe.

Examinemos ahora en dos series de consideraciones esta acción del Espíritu Santo en la vida del monje. El Espíritu conduce al monje, como a la Iglesia (*Ap 12*) al desierto. Le hace igualmente dar sus frutos: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí (*Ga 5, 22-23*). Inevitablemente hemos tocado ya algunos puntos en lo que precede.

1. El Espíritu conduce al monje al desierto

a) *La metanoia y el temor de Dios*

Después de su bautismo en el Jordán y de la unción del Espíritu, este mismo Espíritu conduce a Jesucristo al desierto, a fin de que allí libre combate con el diablo (*Lc 4, 1-2*). La Iglesia también huye al desierto (*Ap 12, 6*) en la prueba. Pero esta retirada sigue al don de Dios, no lo precede.

Ocurre lo mismo con el cristiano y el monje. La gracia y la alegría del perdón preceden al camino de la ascesis: *Vete y en adelante no peques más (Jn 8, 11)*. En este mismo sentido la primera predicación de san Pedro en la mañana de Pentecostés es sobre la compunción del corazón de los testigos de la efusión del Espíritu Santo (*Hch 2, 37-38*). El arrepentimiento provoca esta pregunta: “¿Qué hemos

de hacer?". ¿Cómo vivir una conversión que responda a la gratuidad de la salvación otorgada? Rompiendo con el pecado, combatiéndolo. Todo el primer grado de humildad (*RB* 7, 10-30) está dedicado a despertar la atención a la presencia de Dios. Además este despertar a la presencia implica atención a la totalidad de nuestro ser y de nuestros actos. Este "temor" es ya obra del Espíritu Santo⁸. El nos vuelve extraños también al mundo que resiste al Espíritu (*Sb* 1, 5; *Rm* 12, 2).

b) La purificación del corazón

Según el evangelio y la unánime tradición monástica, la oposición en nosotros a la presencia salvadora de Dios, que nos guarda del pecado, se origina en los pensamientos del corazón (*Mt* 15, 18-20). El combate de los pensamientos (*cogitationes*: *RB* 7, 12) incluso si legítimamente hoy somos más sensibles a su estratificación psicológica, permite al Cristo pascual con la fuerza del Espíritu lograr en nosotros su victoria sobre las potencias del desorden y de la muerte. El Espíritu Santo crea en nosotros un corazón puro. Eso no quiere decir insensibilidad, deshumanización de la persona, sino re-orientación del deseo, de la agresividad, de la inteligencia, hacia su naturaleza auténtica. Por doloroso y largo que inevitablemente sea este combate, tanto su fin como su comienzo es la alegría de la salvación. "Mas, al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón por la dulzura de un amor inefable, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios" (*RB* Pról., 49). "Cuando el monje haya remontado todos estos grados de humildad, llegará pronto a ese grado de 'amor a Dios' que por ser perfecto hecha fuera todo temor, gracias al cual cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por cierta santa connaturalidad y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas. Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero, purificado ya de sus vicios y pecados" (*RB* 7, 67-70).

Si los monjes, y san Benito con ellos, se han preocupado hasta este punto por descubrir las condiciones de este combate, es porque a sus ojos se jugaba en ello el realismo del amor y la realidad misma de la visión de Dios prometida a los corazones puros (*Mt* 5, 8). ¿No

8. Cf. *Apoteg.* POEMEN, 136.

deberíamos releer a esta luz el capítulo cuarto sobre el arte espiritual, que recapitulando todo el conjunto de la Regla, se cierra con el nombre mismo de Dios, la misericordia?

c) El "camino real" o el discernimiento de espíritus

El Espíritu discerné los espíritus. Una imagen tomada de la travesía del desierto después de la primera Pascua, ilustra este discernimiento: el camino real del cual el pueblo elegido no se aparta ni a derecha ni a izquierda (*Num 20, 17*). Ningún monje escapa a la necesidad de discernir lo que pasa en su propio corazón, lo que la obediencia o las circunstancias le imponen, lo que las tentaciones le sugieren.

Tampoco ninguna comunidad escapa a la necesidad de discernir si es verdaderamente fiel a la voluntad de Dios sobre ella, si no se repliega sobre sí misma frente a las necesidades de la Iglesia y de los hombres, si se deja desposeer para ser renovada.

Este discernimiento es fruto de la oración al Espíritu Santo. Es también fruto de la humildad que es capaz de abrir su corazón (*RB 7, 44-48*), de pedir consejo y de recurrir a la sabiduría otorgada a otro.

En esta materia nada se juega por adelantado ni de una vez para siempre.

2. El fruto del Espíritu

La primera experiencia del monje, la del desierto, es la de la gratuidad del amor con que es amado por Dios, y de su propia determinación a una conversión que abarque toda su persona.

Pero el desierto no es una meta en sí mismo: en el corazón del desierto el Espíritu riega el jardín de Dios. La intención de Dios es la vida, una "vida viviente", del hombre.

¿No es acaso el Espíritu, que ha suscitado esta vida eterna, quien luego introduce al cristiano y al monje en toda la verdad (*Jn 16, 13*) que hay que obrar y comprender? Lo hace prosiguiendo la obra del Hijo, según el beneplácito del Padre, ensanchando el corazón del monje, oprimido por el pecado, en vista de la verdadera libertad de los hijos de Dios. San Pablo recapitula esta libertad para la

vida, en un pasaje que ha sido siempre considerado por los monjes como un programa: *Mas el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley (Ga 5, 22-23).*

Tratemos ahora de discernir algunos de los frutos del Espíritu cuya importancia es más marcada en la vida monástica.

a) *La libertad del monje*

Hermanos, vosotros habéis sido llamados a la libertad... (Ga 5, 13). Allí donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad (2Co 3, 17b). El Espíritu empuja al desierto y libera de la servidumbre del pecado. Hemos indicado ya algunos aspectos de esta "liberación". La madurez de su adhesión cada vez más íntima a la cruz y a la resurrección, establece al monje en la libertad (*parrhésia*) del hijo y del amigo. Su libertad desborda en obediencia a Dios, a sus preceptos, y en servicio a los hermanos. Es notable a este respecto, que desde el Prólogo san Benito inserta el retorno a Dios en la historia de la salvación (Pról., 3 con referencia a *Rm 5, 19; RB 71, 2*). La obediencia, aunque sea onerosa, está marcada por el entusiasmo. Ella es un asunto de amor (*RB 5, 1-2*). Promueve la comunión fraterna (*RB 72*). Por el olvido del hombre viejo y su propio querer, el monje entra en esa relación filial en la que busca agradecer sólo a Dios (*Rm 12, 2* y Gregorio Magno, *Dial. II: soli Deo placere desiderans*).

Esta misma libertad, en la certeza de la Alianza, se torna disponibilidad servicial y cordial hacia los hermanos y hermanas más débiles: los enfermos (*RB 36*) y los huéspedes (*RB 53*).

b) *La humildad*

El final del capítulo séptimo de la Regla no deja subsistir ninguna duda sobre el papel del Espíritu Santo en la marcha del monje hacia el Reino. La cima mística de la kénosis con Cristo, es obra del Espíritu. Tanto en el duodécimo grado, en una escatología presente, como en el punto de partida, el temor de Dios era ya obra de ese mismo Espíritu, el crecimiento en el amor es lo que el Señor se complacerá en manifestar en su obrero purificado ya de sus vicios y pecados, gracias al Espíritu Santo (*RB 7, 70*).

c) La liturgia

Con este vocablo designamos las tres formas tradicionales de la oración monástica: el Oficio Divino, la *lectio divina* y la oración personal. Toda oración cristiana es inspirada por el Espíritu, porque nadie puede confesar el señorío de Jesús de Nazareth o invocar a Dios como Abba, Padre, sin su intervención directa. Sin ninguna duda tenemos suficientemente claro cuál es la acción de la tercera Persona de la Santísima Trinidad en el Oficio Divino y en la oración personal. Pero ¿lo sabemos en lo que concierne a la *lectio divina*? Sin embargo *el testimonio de Jesús es el Espíritu de profecía* (Ap 19, 10; cf. Jn 6, 36).

El Espíritu, inspirador de la Palabra en su letra y en su sentido, vuelve esta Palabra eficaz y luminosa (*una luz para nuestros pasos, Sal 119, 105*), la actualiza en el presente del Oficio Divino o de los sacramentos, pero también en lo secreto de la morada interior (cf. Mt 6, 6). La oración, para recibir la asistencia del Espíritu Santo en la escucha y el cumplimiento de la Palabra de Dios, para escrutar las Escrituras (Jn 5, 39), no debería faltar ningún día en la vida del monje. ¿Por qué no extender esta oración a una petición de discernimiento para una justa apreciación del esfuerzo que cada uno de nosotros, según el don particular recibido de Dios (RB 40, 1) desarrolle para estudiar la Sagrada Escritura ayudándose con los actuales estudios exegéticos? La Palabra de Dios, celebrada, estudiada, rezada, podrá así encontrar el lugar capital que san Benito le asigna en la vida monástica. No es difícil tampoco vislumbrar los frutos que esa *lectio divina* podría producir para una renovación de la teología monástica, y hasta para toda la Iglesia.

d) El monje pneumatóforo

Una de las principales manifestaciones de la energía del Espíritu Santo en la comunidad monástica es el don de la *paternidad espiritual*. Lo que la tradición anterior llamaba monje pneumatóforo (conducido por el Espíritu y portador del Espíritu), san Benito lo ve actualizado en los ancianos espirituales (RB 46, 5-6) y en el abad (RB 2 y 64). Existe toda una literatura que ha puesto de relieve el valor de esta dimensión de la vida monástica. Sería, pues, superfluo insistir en ello. Pero tal vez se ha destacado menos el equilibrio propio que se le da a este carisma en la Regla. San Benito espera del abad que sea un

ejemplo y un fiel dispensador de la Palabra (*vita y doctrina*, o: *bios y logos*). El abad, a quien no cesa de recordar el juicio de Dios, debe en cierta manera llegar a ser una manifestación viviente de la fuerza y de la sabiduría de la cruz en la esperanza inquebrantable de la resurrección. El Espíritu hace de él un fiel testigo de Jesús, en la cruz y en la gloria. No obstante, san Benito quiere que se preocupe intensamente de la organización práctica de la comunidad. En relación a la vida divina de los hermanos ningún detalle es insignificante, si contribuye a la alegría y a la paz. San Benito quiere también que el abad sea cuidadoso de la justicia en lo que concierne a sus propios hermanos y a la comunidad en sentido amplio, constituida por los pobres, huéspedes y peregrinos. La Regla tiene entre otros fines el de encarnar la justicia y la buena organización en la "casa de Dios" (RB 64, 5).

Un último rasgo característico de esta paternidad espiritual, típicamente benedictina, es justamente la modulación recíproca entre la Regla y el abad. Escrupuloso en cuanto a la observancia, el abad está llamado a adaptar continuamente sus elementos en función de las circunstancias correctamente discernidas.

IV. CONCLUSION

Podríamos ampliar nuestra última constatación sobre la obra del Espíritu Santo en la vida del monje a través del abad en una fórmula lapidaria: la vida benedictina quiere construir un cuerpo para el Espíritu. Esta fórmula es valedera solo si no olvidamos que el Espíritu, como lo hizo para el Hijo de Dios, da también origen a este cuerpo.

El amor de Dios se halla en el principio y en el fin. El Espíritu nos va configurando con Cristo, con humildad y paciencia. Confiar en él es, por los sacramentos, la Palabra, la *conversatio morum*; la comunión fraterna, dejarle transfigurar nuestras personas, espíritu, alma y cuerpo heridos por el pecado y la muerte, de gloria en gloria a imagen del Hijo Amado (cf. 2Co 3, 18).

Monastère Bénédictin
B - 5395 Chevetogne
Belgica

Michel VAN PARYS, osb